

Prado, ha sido tan acertada, como apreciación de los méritos que adornan a este poeta de exquisita sensibilidad, por parte de los miembros que integran esa docta Corporación. Porque en Prado se aúnan las condiciones del prosista depurado, dueño de un hermoso estilo, con la fina gracia del poeta que ha dado lo más auténtico y rico de su emoción en libros tan puros como «Otoño en las Dunas» y «Nada más que una rosa».

Su libro «Alsino» tiene condiciones de estilo, de conceptos y de profundidad como para ponerlo entre las obras clásicas de nuestra literatura. Y sus otras obras en prosa, como «Un juez rural», «La reina de Rapa Nui», confieren a su producción literaria una calidad estética que podría enorgullecer a cualquier país.

Hombre de carácter afable, de sencillez encantadora, Pedro Prado es de aquellos escritores que saben cuanto valen. No le inquieta el tumulto un poco falso de las cofradías y de los cenáculos, sino el hondo goce de poder darse a su arte, como en una especie de inmersión en que el deleite estético es la mejor retribución a la inquietud de sus sueños de artista.

Seguramente en la Academia hará un papel que estará en todo momento de acuerdo con la calidad de su arte y de la actitud que ha mantenido en la vida.

Miembro honorario

La Sociedad de Escritores de Chile, por medio de un reciente acuerdo, ha designado como socio honorario al escritor don Emilio Rodríguez Mendoza.

Es este un hidalgo y bello reconocimiento de respeto y simpatía a la labor literaria del fuerte creador que es don Emilio, hombre de recia estampa humana. Vital, detonante a veces, irreductible en sus convicciones, el autor de «Santa Colonia», de «La América Bárbara» y una veintena de obras de calidad, recibe en esta forma una muestra efectiva de que su actitud

humana, de que su posición en la vida, así como su labor literaria han sido justipreciadas y que las circunstancias efímeras no persisten cuando hay un mérito que las realza y las coloca en el sitio que realmente merecen.

Don Emilio es uno de esos varones que serán recordados con simpatía por toda la gente que tuvo el agrado de conocerle de cerca. A sus años, se mantiene erguido, fuerte, decidido en la mirada y en el paso que se muestra rebelde a doblegarse al peso del tiempo que transcurrió tras de muchas batallas, en las cuales obtuvo no pocas victorias. Poeta, periodista, polemista de brava estirpe, Embajador, Senador de la República, don Emilio se mantiene en su rincón con la pluma en la mano. De vez en cuando lanza su andanada vibrante, estentórea si ello es necesario, y se queda tranquilo sin inquietarse mucho por aquello que mira pasar en el desfile de la vida.

Fuerte como un magnífico árbol que supo resistir todas las tempestades, don Emilio sonreirá bondadoso cuando le ofrezcan un ágape en que le dirán con afecto los sentimientos de simpatía que muchos corazones sienten por él. Es un representante altivo y gallardo de ese Chile viejo, que ahora sentimos en el pecho como un viejo perfume de nostalgia.

La bella aventura

Con los recursos limitados hasta extremos que revelan increíble audacia, se marchan a Europa dos jóvenes ansiosos de mirar el mundo y ver cómo se dilata el horizonte ante otras perspectivas de latitud y densidad humana. Uno de ellos, Joaquín Gutiérrez, autor reciente de un libro exitoso: «Puerto Limón». Mario Ferrero se llama el otro argonauta del ensueño y es autor de un bello volumen de poemas titulado «Capitanía de la sangre».

Ambos se han ido con el corazón anhelante, con los nervios tensos y la sensibilidad en alegre rebullir. El mundo es un dila-